

El poder de las audiencias
Una visita al debate revisionista en el
campo de los estudios culturales.
(Cine y cultura popular)

CARLOS FERNANDO ALVARADO DUQUE¹

Artículo recibido el 24 de febrero de 2016, aprobado para su publicación el 10 de abril de 2016

Resumen

El presente artículo, producto de investigación, ofrece un panorama general sobre el nacimiento, desarrollo e importancia de los Estudios Culturales (perspectiva asociada al Centro Contemporáneo de Estudios Culturales de la Universidad de Birmingham). Dicha reconstrucción sirve para contextualizar el famoso debate entre James Curran y David Morley sobre el alcance del denominado enfoque culturalista derivado de esta escuela. Este debate se centra, en gran medida, en el papel de las audiencias al momento de negociar los contenidos culturales que ofrecen los medios masivos. Por eso se hace uso del cine (en calidad de medio de comunicación) para analizar la importancia tanto de los Estudios Culturales como del debate con el fin de mostrar algunos de sus efectos a largo plazo.

Palabras clave: Estudios Culturales, recepción activa, Morley, Curran, cine

The power of the audience
A visit to the revisionist debate in the field of cultural studies.
(Film and popular culture)

Abstract

This article, research product, provides an overview of the birth, development and importance of Cultural Studies (perspective associated with the Center for Contemporary Cultural Studies of the University of Birmingham).

1 Comunicador Social y Periodista de la Universidad de Manizales, Filósofo de la Universidad de Caldas, Especialista en Estética de la Universidad Nacional de Colombia, Magister en Filosofía de la Universidad de Caldas, Candidato a Doctor en Filosofía de la Universidad de Antioquia. Profesor del Programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales y miembro del Grupo de Investigaciones de la Comunicación. Correo electrónico: cfulvarado@umanizales.edu.co

This reconstruction serves to contextualize the famous debate between James Curran and David Morley about the scope of so-called culturalist approach derived from this school. This debate focuses, in large measure, on the role of the audience the time of negotiating cultural content offered by the media. We use the film (as the media) to discuss the importance of both of cultural studies and the discussion to show some of its long-term effects.

Key words: Cultural Studies, active reception, Morley, Curran, cinema.

Este texto pretende, en el campo de la investigación en cine², hacer un análisis re-configurativo entre el trabajo culturalista (a manera de Estado del Arte) y su síntesis a través del séptimo arte como objeto de estudio; en otras palabras, ausculta la relación entre Estudios Culturales y cine. Creemos que es relevante realizar una lectura del séptimo arte como caso que ilustra los alcances y límites del campo de los EC. Primero se desarrolla un trabajo de recuperación histórico-conceptual que busca dar luces sobre el proceso y constitución de las EC, como los avatares de uno de sus capítulos más significativos: el revisionismo. Segundo, se realiza una aplicación concreta del campo mediante el análisis del cine en calidad de medio de comunicación y texto cultural. En este caso se ilustra el estudio de las audiencias en interacción con un sinfín de mediaciones (de producción, contexto, actores, valores, problemáticas, etcétera), es decir, a través de la comprensión de los significados producto del intercambio social regulado y regulador de estrategias de poder en las prácticas cotidianas de comunicación. En suma, se pretende aportar al crecimiento de un referente investigativo para abrir posibilidades a los estudios de cine como expresión de la cultura que da pie a una lectura a las interacciones sociales (a la cultura como terreno de análisis a través del cine).

Ahora bien, James Curran³ y David Morley⁴, representantes de los EC británicos, fueron los artífices de un candente, aunque no por ello menos amable, debate académico en la década de los ochentas. Independiente de sus posturas, dicho diálogo forjó gran parte de la discusión sobre la importancia interdisciplinar en materia de análisis cultural que tiene ecos positivos en el presente. Ambos autores nos invitan a repensar el estudio de las audiencias,

2 Producto derivado de la investigación “Estado del Arte en estudios sobre cine contemporáneo”, que tuvo como fin de la creación de una línea de investigación sobre cine para el Grupo de Investigaciones de la Comunicación de la Universidad de Manizales (2016).

3 James Curran, profesor de comunicación de la Universidad de Londres, se interesa por las relaciones económico-políticas y de poder de los medios. Analiza y critica el revisionismo de los estudios culturales señalando que sus discursos se sustentan en “...una falsa modernidad científica” que no devela los cambios reales en la investigación de audiencias y sus relaciones con los medios. Se mueve en una línea que critica al revisionismo mismo para plantear como eje de trabajo de los Estudios Culturales las relaciones medios-cambio social.

4 David Morley, profesor de comunicación de la Universidad de Londres y especialista en análisis de las audiencias y la recepción, rompe con la concepción lineal de los estudios en medios-audiencias para privilegiar el punto de vista del espectador a partir de sus propias vivencias; es decir, como un mediador en la relación medio-contenidos o mensajes. Esto lo lleva a incluir como factor de análisis el contexto cotidiano en el cual se dan las prácticas de consumo (familia, relaciones intergeneracionales, género, etcétera). Por lo tanto se ubica dentro de una de las corrientes revisionistas de los Estudios Culturales denominada línea culturalista. Su tesis gira alrededor de la premisa: <El consumo mediático, influido por el ambiente, se configura desde diferentes perspectivas culturales dados diferentes “sedimentos cognitivos” que operan como instrumentos de de-codificación>.

al interior del campo de la comunicación, a partir de una revisión de los métodos, el papel de los investigadores y los marcos de referencia (paradigmas ideológicos-epistemológicos) que han dominado históricamente este territorio. En el libro *Estudios culturales y comunicación. Análisis, producción y consumo cultural de las políticas de identidad y el posmodernismo*⁵, se recoge un balance de esta escuela, una suerte de estado del conocimiento que nos permite reconocer el choque entre dos posiciones epistémicas. Con ello se hacen evidentes los cambios teóricos en relación con los objetos de estudio tradicionales como las audiencias, las prácticas culturales, el poder de los medios masivos.

En la actualidad los EC centran su interés en el circuito completo de la comunicación (producción, textos y recepción) al igual que en el análisis de prácticas culturales (feminismo, posmodernismo y políticas de la identidad). Aunque tiene sus orígenes en la década de los años 50' (después de la segunda guerra mundial), la revisión detenida del fenómeno de las audiencias (en el cual se centra el debate entre Curran y Morley) tiene lugar en los mediados de los años 80'. Dicha querella se centra en temas como la regulación político-económico (particularmente en Inglaterra), el análisis textual o de contenidos y el estudio de fenómenos culturales en términos de experiencias vividas por las audiencias, que se encuentran mediadas por relaciones de poder. Las audiencias, como se sugiere, se convierten en el objeto de estudio central de la escuela y dejan de ser así un fenómeno marginal de investigación. Curran (1998), quien da inicio al debate, acusa a un filón de los EC, que denomina *movimiento revisionista*, de un trabajo sin novedad teórica. Morley (1998), uno de los acusados, presenta una defensa contra dicho cuestionamiento. En este texto queremos plantear la importancia de esta escuela, principalmente sus orígenes, para poder reconstruir el debate. Luego de ello, y a modo de cierre, queremos revisar, a manera de análisis de caso, el mundo del cine para ilustrar la importancia de esta escuela que aviva los estudios comunicativos en una clave interdisciplinar.

Para dar inicio a este recorrido queremos señalar que, pese al acalorado debate, las distancias entre ambos autores son menos radicales de lo que, en principio, pueden parecer. Podríamos decir que Curran y Morley coinciden más de lo que incluso pueden estar dispuestos a reconocer. Lo que nos interesa señalar es que dicha controversia, con intención o sin intención, supone una revisión ontogenética del proceso de evolución de la comunicación. Para poder comprender cómo emergen cambios que afectan el desarrollo de las prácticas comunicativas, vale la pena reconocer que este debate tiene como telón de fondo la crítica a la tradición teórica de corte positivista/empirista. Gracias a los cambios paradigmáticos acaecidos en las ciencias sociales se abren otras visiones de mundo y otras posturas teórico-metodológicas para el estudio de las dinámicas comunicativas en las sociedades modernas.

Curran y Morley (1998) reconocen, tras la revisión de los estudios de comunicación en el siglo XX, el papel central de las audiencias como agentes de referencia para interpretar o leer la realidad social. Por un lado, rescatan los trabajos de Raymond Williams y Michel

5 En la actualidad los Estudios Culturales han sufrido una notable expansión en términos de fenómenos de estudio. Se puede reconocer una amplia gama de categorías sociales que incluye: prácticas culturales mediadas por relaciones de poder, análisis de los contextos socio-políticos en los cuales se inscriben dichas prácticas y, entre otros, problemas de la cultura popular (género, sexualidad, ecosistemas, etnicidad, estética, ética, tecnología, etcétera).

Foucault que vitalizan el *intercambio cultural* como condición de análisis de los procesos de producción-recepción comunicativa y, por el otro, se apropian del concepto de *hegemonía* de Gramsci (en Kohan, 2004; Szurmuk y McKee, 2009) que revela cómo el poder de un grupo determinado depende de factores culturales-simbólicos. La hegemonía permite desplazar la influencia ideológico-cultural en el estudio de la comunicación, ya no centrada en las industrias culturales o los textos dominantes sino en las audiencias activas. En sus propias palabras: "...la hegemonía es la capacidad que tiene un grupo social de ejercer la dirección intelectual y moral sobre la sociedad, su capacidad de construir en torno a su proyecto un nuevo sistema de alianzas sociales, un nuevo bloque histórico" (citado en Mattelart y Mattelart, 2003, p. 73).

En términos comunicativos el trabajo de los Estudios Culturales supuso un replanteamiento de los enfoques críticos (derivados, principalmente, de la Escuela de Frankfurt) y funcionalistas (propios del trabajo administrativo norteamericano) para abordar el estudio de las audiencias con herramientas socio-culturales, semiológicas y hermenéuticas⁶. Por ello, nos interesa revisar algunos de los puntos centrales del debate para comprender, no solo su origen, sino su importancia en los procesos de análisis de la comunicación mediática. Quisiéramos partir de la siguiente idea: los EC auscultan, como objeto de conocimiento, las vivencias (en clave fenomenológica) de los actores sociales en el marco de procesos comunicativos. Dichas vivencias, además, están condicionadas por relaciones de poder que permiten, en términos de capital social, dinámicas de negociación cultural y cambios en el orden hegemónico.

Orígenes. Vitalización de la cultura

Como antes señalábamos los EC emergen en Inglaterra a finales de la década del cincuenta. Son, conceptualmente hablando, una respuesta a dos grandes tradiciones teóricas interesadas en el estudio de los *mass media*. Primero, el *funcionalismo norteamericano* que bien puede tematizarse como una escuela de carácter administrativo dado que su norte epistémico está guiado por el diagnóstico de medios. Si bien revelan algunos de los aspectos negativos de las sociedades mediáticas no hacen una crítica de ellas. Se podría decir que les interesa una descripción de cómo operan los medios de comunicación, pero no una propuesta de control o mejoramiento. Segundo, la *teoría crítica*, que tiene origen en la Escuela de Frankfurt, cuyo enfoque se ampara en una perspectiva socialista. En este caso el interés no es hacer una radiografía sino un cuestionamiento ideológico del funcionamiento de los medios de comunicación porque perpetúan el modelo de producción capitalista.

6 Podemos considerar una diferencia entre los estudios semióticos y hermenéuticos. Es de reconocer que ambos, teleológicamente, señalan la dotación de sentidos como el aclarar lo oculto de un texto. Mientras la semiótica busca el estudio de los signos como modos de producción de un texto a través de la identificación de códigos (lo intertextual); la hermenéutica se interesa por la interpretación de los textos o modos de enunciación a través de las expresiones simbólicas de la cultura (lo contextual-histórico o extratextual). Kuhn (1989) nos da una pista para establecer esta diferenciación a través de sus conceptos de traducir e interpretar. Con base en ello podríamos señalar que mientras la semiótica hace una traducción de corte descriptivo, la hermenéutica hace una interpretación de corte comprensivo. Sus unidades de conocimiento, respectivamente, se centrarían en el signo y sentidos en los discursos.

La naciente escuela surge por la necesidad de reevaluar las condiciones sociales, culturales, políticas y económicas del periodo de la post-guerra (década del 50'). Se vale, para tal fin, de un enfoque interdisciplinar y multi-temático: sociología, teoría social, teoría literaria, antropología cultural, filosofía, cine, medios, feminismo, etcétera. Realiza un análisis de diversos fenómenos sociales por medio del reconocimiento de diferentes categorías como: etnia, género, identidad cultural o clase social. La nominación: *Estudios Culturales* fue acuñada por Richard Hoggart (miembro fundador de la escuela) con la intención de comprender (en términos de producción de sentido) las prácticas culturales tejidas en sociedades condicionadas por los medios de comunicación. Como objetivo, los EC se plantean el estudio de la sociedad contemporánea a partir de una reformulación del concepto de cultura que se asume como "...ese todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y, otras capacidades y hábitos adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad" (Taylor, E. B., 1977, p. 56).

Raymond Williams, otro fundador de la escuela, nos ofrece, creemos, una de las pistas centrales para comprender la importancia de los EC. Es necesario, asegura, establecer una diferencia entre los conceptos de cultura y sociedad. Si bien ambos aparecen plenamente diferenciados, en la práctica sus límites se vuelven difusos. Y esto puede reconocerse en el uso relativamente impreciso que de ellos hacen las perspectivas interesadas en la comunicación. Tanto el funcionalismo americano como la teoría crítica integran o, peor, disuelven la cultura en el grueso de la sociedad. Pareciera que las prácticas culturales solo fueran formas de entretenimiento condicionadas por el control estatal o por quienes detentan poder económico. Si las sociedades se miden en términos de contratos o leyes, la cultura supone un plus que supera estas esferas. Quizás la clave radique en la dimensión simbólica que si bien está determinada por políticas o intercambios monetarios, no se agota en ninguna de estas instancias.

De hecho, Williams (2001) cuestiona la repartición de la cultura en alta, media y baja, propia de la sociológica americana, porque tiene, tras de sí, un modelo de clases sociales (clasificación de la cultura como prótesis de la sociedad). Nos ofrece una visión de la cultura que violenta dicha estratificación y da paso a una concepción basada en una visión multifacética de la historia; en otras palabras, supone una reescritura permanente de sus componentes. Por ello propone un nuevo tríptico compuesto por: culturas residuales, culturas arcaicas y culturas emergentes. Las formas arcaicas suponen prácticas u objetos culturales atados al pasado o carentes de formas de actualización más allá del museo. La dimensión residual implica una forma concreta de mixtura (hibridación cultural como sugiere García Canclini) que permite que elementos de diferentes espacio-tiempos se actualicen en un aquí y ahora concretos. Por último, las culturas emergentes se caracterizan por el factor novedad que bien puede identificarse con las dinámicas técnicas que se orientan bajo la lógica del progreso.

La fundación de los estudios culturales, bien podría decirse, reposa sobre una trinidad. Junto a Raymond Williams y a Richard Hoggart, se encuentra Edward Thomson. Los tres sientan las bases de la escuela gracias al interés común por pensar la cultura de otra manera. Hoggart, por ejemplo, se interesó por estudiar la clase obrera, puntualmente, sus prácticas culturales al margen de las dinámicas laborales. Esto supuso, a partir de una coordenada espacial, el estudio de la cultura de 'abajo hacia arriba'. Lo cual conlleva una inversión del modo de trabajo

de la Escuela de Frankfurt ('arriba hacia abajo'). La Teoría Crítica estudia la cultura en términos de superestructura, es decir, desde el punto de vista del sistema ideológico que determina las dinámicas culturales concretas. Hoggart (1990) nos invita a pensar la cultura a partir de dichas prácticas (propias de la vida cotidiana) que acontecen en espacios que, de algún modo, desafían las ideologías dominantes (el bar, la calle, el interior de la casa). Por ello se interesa por analizar las clases obreras preguntándose cómo se entretienen, qué hacen en familia, qué lugares visitan para, posteriormente, caracterizar la cultura. Edward Thompson (2000, 2001), por otra parte, pone el acento en la lucha de clases para comprender la transformación cultural. Esto supone una revitalización de la izquierda que recupera los análisis de tipo marxista (sin concentración en el nivel super-estructural; es decir, que se opongan a la idea de que la cultura es una variable de la economía.). Williams, Hoggart y Thompson coinciden en el estudio de la cultura en una clave que supone el reconocimiento de las dinámicas de vida cotidiana mediadas por diversas formas de negociación simbólica.

Todo el trabajo iniciático da como resultado la fundación, en 1964, del *Centro Contemporáneo de Estudios Culturales* que opera como apéndice de la Universidad de Birmingham. Richard Hoggart oficia como su primer director. Si bien no deseamos hacer un análisis pormenorizado de todos sus miembros, no podemos dejar de mencionar una de las figuras centrales de la escuela que, además, llevó las riendas del Centro durante muchos años: Stuart Hall. De origen jamaicano, este singular pensador promovió la inclusión de un amplio abanico de problemáticas de estudio a las cuales se presta atención para profundizar en las prácticas culturales. Su obra (en especial un famoso artículo titulado: *codificar/decodificar*) vitaliza la figura de la audiencia (abre camino para la recepción activa) al reconocer que, respecto a cualquier medio, se pueden establecer diferentes tipos de lectura (dominante, negociada, oposicional). Hall, además de ello, privilegió un análisis de la cultura lejano de los compromisos ideológicos, cerca, todo el tiempo, de una visión pluralista que permitiera el mayor equilibrio en la lectura de los fenómenos propios de las sociedades contemporáneas. No en vano Morley (que reconoce su propio sesgo ideológico) asegura, con algo de ironía, con algo de nostalgia, que lo único que no aprendió de Hall fue su distancia del compromiso político. Nos dice: "...debí haber sido, como él, más pluralista".

Como señalan Ferguson y Goldin: "El proyecto de los Estudios Culturales siempre ha sido, de alguna manera, una intervención en la vida política, una contribución para desenmascarar la ideología y la liberación de la opresión de aquellos que estaban sujetos a su poder represivo" (Citado en Vela, 2000, p. 5). Con la pretensión de una democratización social para transformar la realidad, y mediante la mediación del auge de las tecnologías aplicadas a los *mass media*, los EC asumen como presupuesto que los significados emergen a partir de un proceso de intercambio cultural, que los discursos reguladores de los grupos (formas de poder) surgen en las prácticas cotidianas y que la comunicación es un proceso mediado por una amplia variedad de componentes (ideología, textos, lecturas).

Quisiéramos, a manera de síntesis y como marco contextual para el tema del debate revisionista, situar a los Estudios Culturales, tanto en el despliegue histórico de la comunicación, como en el marco de una perspectiva epistemológica. Para ello tomaremos como referencia la clasificación propuesta por Cornejo (2007) que supone tres fases de desarrollo de los trabajos comunicativos. Primero, una fase fundacional (trabajo uni-disciplinar en búsqueda del estatuto de cientificidad), segundo una fase de expansión/especialización (fragmentación de la disciplina

que implica el aislamiento de los objetos de conocimiento) y tercero una fase de hibridación o inter-disciplinar (comprensión de la comunicación como intercambio de significados). Con base en esta segmentación quisiéramos ofrecer una re-escritura de las fases en la historia de la comunicación que permita reconocer los resortes epistémicos-históricos de los EC.

Podemos reconocer una primera fase de *naturaleza híbrida* que retoma rasgos del positivismo, como del trabajo fenomenológico (sin embargo, reseñaremos solo los trabajos basados en procesos de comprobación empírica). Por una parte, los estudios de efectos (década del 20'), propios del modelo administrativo americano, suponen un análisis de la capacidad de los medios de influenciar a las audiencias. Tras de ello se encuentran los desarrollos de la psicología y la sociología en torno al concepto de masas. A grandes rasgos podemos ubicar en este marco modelos conductistas como el de la *aguja hipodérmica* que consideran a los medios en términos de condicionamiento social y la propuesta de *los efectos limitados* que asume una visión menos omnipotente del trabajo *mass* mediático. Adjunto a ello tenemos los trabajos sobre teoría matemática de la información y la perspectiva *cibernética* que le asignan a la comunicación una dimensión técnica destinada al progreso de las sociedades. La obra de Lazarsfeld (que se inscribe en la perspectiva de los efectos limitados) tiene como mérito una primera caracterización de las audiencias como agentes participativos (lo cual lleva en germen una teoría de la recepción activa). Ello da paso a perspectivas como: la *teoría del cultivo* o la *teoría de los usos y gratificaciones* que, si bien mantienen un corte epistémico de naturaleza explicativa, asumen que los públicos no son objetos. Se reconoce que las audiencias tienen niveles de autonomía para satisfacer sus necesidades comunicativas. Sin duda, este tipo de trabajos abren el camino para los EC y aquí se centra, como veremos, una parte del debate entre Curran y Morley.

Una segunda fase para el desarrollo de los análisis de comunicación, en la cual tiene lugar el nacimiento y desarrollo de los EC (décadas del 50', 60' y 70'), se caracteriza por la revisión del debate ideológico, con influencia política de la izquierda, y por la inclusión de perspectivas disciplinares interesadas en los problemas discursivos como la semiología, la antropología cultural o el psicoanálisis. Podemos reconocer tres momentos, si bien los dos primeros tienen su origen décadas atrás. El primero de ellos supone la importancia de las perspectivas de cuño *marxista* que se interesan por estudiar el papel de la estructura social en términos de relaciones de poder, lucha de clases y acumulación de capital. De allí deriva un segundo momento en el cual se puede situar la *teoría crítica* (Escuela de Frankfurt) que analiza las relaciones de poder en el escenario de los grandes monopolios económicos lo cual convierte a la cultura en mercancía (Industria Cultural). Como tematiza Adorno (1998), el sujeto está encadenado a los valores del mercado para la toma de decisiones lo cual limita o anula su autonomía. Por último, el tercer momento se materializa con la conformación y visibilización de los EC. En una clave postmarxista, comprenden la comunicación como un proceso de mediación para la negociación de significados culturales. Esto supone que si bien no se desconoce toda la estructura de poder propio de quienes detentan el capital, las prácticas culturales no pueden ser controladas totalmente por la ideología dominante (en este escenario cobra importancia el concepto de hegemonía de Gramsci).

La tercera fase (décadas del 80', 90') supone el trabajo del movimiento revisionista (en el cual se sitúa la disputa entre Curran y Morley) que, por una parte, revalúa los trabajos pre-

vios en materia de comunicación y, por otra, pone el acento en las teorías de la recepción. Aquí la comunicación se concibe como una producción de naturaleza simbólica-cultural que comprende a las audiencias como agentes (no objetos) cuyo rol, en consecuencia, es activo. Otorga valor a la cultura (como micro-prácticas centradas en la vida cotidiana) y ponen en tela de juicio los discursos dominantes para dar paso a los análisis del poder de las audiencias. Los intereses investigativos suponen el paso del modelo de los efectos (propio de la primera fase) a la recepción como un proceso de interacción cultural. Al respecto señala Curran: "...el objeto de investigación cambio respecto a si las representaciones de los medios adelantaban o rechazaban la lucha cultural y política a la cuestión de por qué los medios de comunicación de masas eran populares" (1998b, p. 395).

El debate Curran-Morley comienza precisamente en este punto de la tercera fase. Ambos tienen una visión diferente del análisis de las audiencias. Curran, desde el ángulo de la *economía política de la comunicación*, considera exagerado el empoderamiento de los públicos a espaldas del sistema de producción cultural. Morley, desde un punto de vista *culturalista*, insiste en que los públicos ganan poder en términos de negociación con los contenidos simbólicos de la cultura. Este debate tiene un amplio abanico de elementos, pero únicamente nos centraremos en algunos de ellos que consideramos pertinentes para los estudios comunicativos.

Para iniciar vale la pena poner reconocer la renovación de la discusión ideológica que, gracias a la obra de Gramsci, como hemos insistido, recupera el concepto de hegemonía. Con ello no solo se relevan las ideologías dominantes, sino que la cultura no se reduce al modelo económico. Es decir, su valor no se reduce únicamente al valor de cambio, a ser una mercancía. La cultura depende de los intercambios entre agentes al interior de contextos concretos. Morley nos dice que los intercambios "...no son externos a la acción, sino que se reproducen a través de las actividades concretas de la vida cotidiana, y deben ser analizados como formaciones históricas, sujetas a modificación" (1998a, p. 419). Luego de este punto de partida puede comprenderse la importancia de estudiar el papel de las audiencias en términos de negociación cultural, en especial porque dicho proceso se lleva a cabo reconociendo que los medios son textos que suponen procesos de decodificación (de lectura en término semiológicos).

¿Un falso debate? Audiencias sin poder, medios todopoderosos

Si tomamos el trabajo de Vela (2005) podemos identificar tres tendencias al interior del movimiento revisionista de los EC: determinismo marxista, determinismo económico-político y determinismo culturalista (los dos últimos como formas de revisionismo que emergen en Inglaterra). Hoy podemos reducir estas tendencias a dos miradas concretas (con sus respectivos defensores): los EC propiamente dichos (David Morley) y los Estudios de Economía Política de la Comunicación (James Curran). Podríamos sintetizar el debate del siguiente modo. Curran cuestiona el trabajo de los EC (en su vertiente revisionista) porque, por una parte, sobredimensionan el papel de las audiencias respecto a los medios y, por otra, pierden de vista que dicha tematización del rol de los públicos tiene antecedentes históricos en

la escuela administrativa norteamericana. Morley, por su parte, responde señalando que los EC no conciben a las audiencias como agentes todopoderosos; pero esto, empero, no supone que carezcan de herramientas para negociar en términos culturales. Sumado a ello señala que no se desconocen los antecedentes históricos de la recepción activa, ya que eso tampoco implica falta de novedad en sus propios modos de caracterización de los públicos.

Para iniciar reseñemos un punto de encuentro entre ambos pensadores. Tanto Curran como Morley reconocen que el movimiento revisionista hace uso de modelos semiológicos. En consecuencia, sostienen la importancia de estudiar la estructura de los contenidos de medios a partir de una perspectiva estructural. Esto supone comprender que las audiencias interactúan con textos (no simples mensajes) que implican un proceso de interpretación. Morley logra captar esta relación entre estructura y lectura con el concepto de *polisemia estructurada*. Tal figura implica la capacidad de las audiencias de reconocer diversos sentidos a los contenidos culturales, pero, al mismo tiempo, saber que tras de ellos hay un proceso de modelización, una estructura que los define: "...las audiencias no ven solo lo que quieren ver, ya que un mensaje no es simplemente una ventana abierta al mundo, sino que es una construcción (...). El mensaje es capaz de distintas interpretaciones según el contexto en que tenga lugar la asociación" (Morley, 1998a, p. 422). Las audiencias, de este modo, devienen lectores con potencias creativas y límites estructurales.

En este punto, vale la pena recordar, para efectos del debate, que la obra de Stuart Hall (2006) impulsa a los EC hacia la reflexión sobre el papel de la audiencia, a fortalecer la idea de la *recepción activa*. Su trabajo, como antes insinuamos, ofrece una visión compleja de la cultura en términos de interacción entre diferentes agentes y escenarios; es decir, "...una forma de vida (...) de interrelaciones activas entre elementos o prácticas sociales, normalmente sujetas a separación" (2006, p. 237). En esta medida se da un paso de los primeros trabajos de esta escuela que se centraron en las formas de representación cultural en los medios: figura femenina, comunidades marginales, prácticas sexuales, por citar algunos ejemplos, como el problema de la capacidad de lectura de los públicos. Poner el acento en la recepción supone un desafío a los modelos clásicos concentrados en el polo de producción de contenidos mediáticos (en detrimento de análisis estructural y de las teorías de la recepción).

Revisemos ahora la crítica de Curran (1988) al movimiento revisionista. Como señalábamos, es su trabajo el que da inicio al debate. Una de sus críticas más ácidas radica en demarcar que, en términos teóricos, el revisionismo no ofrece innovación alguna respecto al problema de las audiencias. Acusa a sus representantes de asumir como nuevos, viejos conceptos. En el mejor de los casos lo que hacen los revisionistas, asegura, es reciclar posturas propias de décadas anteriores. Esta lapidaria crítica se materializa en la expresión: 're-invencción de la rueda'. Sin duda, una singular perífrasis que hace alusión a falsos descubrimientos. Para sostener su punto de vista señala que las tesis revisionistas ya habían sido formuladas (en la década de 40') en el seno del funcionalismo norteamericano. Por ejemplo, las audiencias no se influncian de modo total por los medios masivos, como sostiene la teoría de los efectos limitados. De igual modo, los públicos son selectivos con los contenidos mediáticos (afines con sus propias condiciones vitales o necesidades concretas), como supone la teoría de los usos y gratificaciones. En este caso la argumentación conjetura acusar al revisionismo de falta de memoria, lo cual configura un ataque desde el ángulo de la historia.

Sumado al cuestionamiento por imprecisión histórica del *movimiento revisionista*, Curran pone en tela de juicio el poder de las audiencias que este filón de los EC les asigna. Si bien reconoce el trabajo de lectura de las públicos, no comparte la idea de que sean un grupo con capacidades reales a la hora de negociar el mercado cultural: "...aunque las audiencias pueden ser activas (...) al utilizar e interpretar los medios de comunicación (...) sería totalmente inapropiado considerar que ser activos y tener poder son conceptos equivalentes" (Curran, 1998b, p. 394). Por eso considera que la *Economía Política de la Comunicación* es una perspectiva teórica más justa (o por lo menos un complemento necesario para los EC) para develar la relación entre los productores de medios y el poder simbólico de los públicos. En esta esfera no se pierde de vista que los medios son piezas de un sistema económico que negocia con bienes culturales. Allí el poder, si bien es objeto de diversas transacciones, no es propiedad exclusiva de ningún agente (ni de la industria cultural, ni de las estructuras textuales, ni de los públicos).

A manera de síntesis podría decirse que la crítica de Curran (1997) al *movimiento revisionista* se basa tanto en su denuncia de falta de innovación, como en la incapacidad de ofrecer nuevas salidas al conflicto entre los medios (como formas de industria cultural) y los públicos activos: "...parte de este nuevo pensamiento es solo re-vitalista, supone solo una revisión a saberes recibidos previamente, más que el re-conocimiento de nuevos saberes" (p. 81). En el fondo diagnostica una investigación que no ofrece una lectura crítica de la realidad, sino un trabajo que toma notas al margen y perpetua una "fermentación del campo". El uso inadecuado de la historia termina por empoderar falsamente a las audiencias.

Mi postura es que la mitificación del pasado está oscureciendo la tendencia manifestada por una corriente dentro de los nuevos estudios sobre la audiencia hacia una postura liberal clásica. Sustituye el pluralismo liberal por el pluralismo postmoderno, exagera la autonomía de la audiencia y sobrevalora el poder de decisión de la gente (Curran, 1998, p. 443).

La consecuencia más delicada es la creación de una falsa democracia. "No existen discursos dominantes sino una <<democracia semiótica>> de voces pluralistas" (1997, p. 96) y esta concepción realmente no se compadece con la dinámica de mercado que está tras la producción mediática.

Un caso interesante que debilita o controvierte la idea de democratización de las audiencias aparece en una reseña de Curran a los trabajos de la *Revista Screen* sobre el modo de condicionar a los públicos cinematográficos mediante estrategias textuales. Sin poner el acento directo en la manipulación se hace evidente qué tanto la recepción está atada a condiciones estructurales:

...la filmación con cámara subjetiva, y la clásica secuencia plano/contra-plano fueron caracterizados como mecanismo de sutura para estimular la identificación y participación de la audiencia. La idea general que impulsaba estas investigaciones era que los profesionales de la comunicación eran capaces de emplear técnicas narrativas y visuales persuasivas que organizaban las respuestas de la audiencia según ciertas fórmulas prescritas (1998b, p. 387).

Dicho caso intenta revelar cómo las audiencias, si bien participan, no son todopoderosas. Dependen tanto de la estructura textual que orienta sus modos de mirar, como del modelo ideológico en el cual se inscribe el cine: mercado cultural.

Morley, heredero de la obra de Stuart Hall, es tal vez el encargado de caracterizar, al interior de los EC, el papel central de los públicos en los procesos de construcción social. Su interés por reconocer la importancia de la recepción activa lo convierte en el portavoz del movimiento revisionista. En esa medida se encarga de responder a las acusaciones de Curran. Como antes señalábamos construye el concepto de *polisemia estructurada* con el fin de poner en evidencia la capacidad de las audiencias de interpretar los textos mediáticos, pero, principalmente, para revelar que dichos textos están previamente codificados. En la práctica, esto equivale a decir que permiten un margen de lectura, pero tienen límites infranqueables. Gracias a ello, responde a Curran recalando que lo que él denomina movimiento revisionista (del que haría parte) no sobredimensiona el papel de las audiencias, no las considera todo poderosas. Su interés es mostrar cómo los públicos tienen la capacidad de re-semantizar los medios.

Responde a las acusaciones de falta de memoria (re-invencción de la rueda) señalando que la reconstrucción histórica realizada por los EC no desconoce los trabajos precedentes en este campo. Recupera las palabras de su adversario:

...la mayoría de los supuestos avances, reivindicados por estos nuevos estudios, están claramente precedidos y prefigurados, según Curran, por estudios anteriores realizados desde los <<efectos>>, desde los <<usos y gratificaciones>>, tradiciones respecto a las cuales los <<revisionistas>> siempre, según Curran, permanecen ingenuamente ignorantes (Morley, 1998a, p. 423).

Morley recuerda que al interior de los EC se hace una reconstrucción de estos modelos como predecesores del trabajo sobre recepción. Sin embargo, señala que si bien estas corrientes exploran el fenómeno no lo hacen con las herramientas conceptuales deseables. No estudian, por ejemplo, los textos en términos estructurales, ni tampoco piensan que las audiencias tienen un índice de creatividad a la hora de interactuar con los medios.

Por otra parte, asegura, estas investigaciones tuvieron un tono marginal. Es decir, no lograron impactar de un modo significativo el paradigma dominante centrado en los modos de producción mediática. El interés del movimiento revisionista por las audiencias: "...forzó una re-valoración de la importancia de estos trabajos" (Morley, 1998, p. 448). Curran, dice Morley, realiza una lectura selectiva de la historia que exagera los hallazgos del funcionalismo americano. En otras palabras, si bien reconocen algunos rasgos que permiten revelar el papel activo de los públicos, la importancia que le concede solo es posible por los trabajos de los EC. Solo una mirada retrospectiva puede ver, en aquellas teorías, una defensa tan clara de la recepción activa, su historia "...no podría haber sido escrita hace quince años, antes de que el impacto del <<nuevo revisionismo>> (del que Curran se muestra tan crítico) transformara nuestra interpretación del campo de los estudios sobre audiencias y transformara, a su vez, nuestra interpretación de quien y que sería importante en su historia" (Morley, 1998a, p. 424).

Además de eso, en el marco del debate histórico, Morley señala que la crítica de Curran sobre la falta de memoria del movimiento revisionista se basa en una “agenda secreta”. Dicha figura hace relación a una selección de rasgos históricos concretos (en detrimento de otros) para favorecer los puntos de vista que Curran quiere hacer visibles. De este modo, se sobredimensiona, como señalábamos, los estudios funcionalistas sobre la autonomía de las audiencias, lo cual no es realmente el centro del trabajo sobre efectos. Ese tipo de vitalizaciones de la audiencia, como hemos hecho notar, pasaron sin pena ni gloria en el contexto de la época. De hecho, la vitalización de este germen teórico ha corrido por la vía de los EC. Con ello, considera, se rinde justicia a sus orígenes. Pero, más importante todavía, dichas perspectivas son objeto de re-construcciones conceptuales gracias a nuevas disciplinas y a una base epistémica más pluralista.

Vale la pena, para ampliar la importancia de la obra de Morley, señalar su interés por estudiar la modernidad y sus diferentes transformaciones en la sociedad mediática. Esto influye directamente en el modo en que se reconfiguran las prácticas culturales. Sugiere que esta condición de la historia se traslada al grueso del mundo con una lógica de naturaleza expansiva: “...la des-occidentalización de la modernidad es requisito para entender la actualidad de los estudios culturales” (Morley, 2008, p. 120). Este proceso ha supuesto el estudio de la vida cotidiana para reconocer las formas de construcción de identidad personal y colectiva, el análisis de los acelerados cambio tecnológicos presentes en dispositivos destinados a la telecomunicación, el reconocimiento de la desaparición de fronteras geo-políticas (norte-sur, oeste-occidente) para dar paso a un nuevo mapa en el cual la cultura genera mixturas. Hacemos este comentario para mostrar la manera en que los públicos son comprendidos como un fenómeno complejo que aparte de su capacidad de interpretación se conecta con una gran cantidad de variables que reclaman un estudio cada vez más detallado.

Otros críticos del trabajo de los EC, como Garnham y Grossberg (en García Canclini, 2000), si bien reconocen la tensión entre dos posturas: una *política* (Curran) y una *culturológica* (Morley) acusan a la escuela de no darle la importancia real al hecho de que las prácticas comunicativas siguen operando dentro de un modelo de producción capitalista. Ello se alinea cerca de la postura de Curran. Garnham afirma que “...descuidan lo económico al dedicarse más al consumo, la recepción e interpretación, y poco a la producción de bienes simbólicos” (en García Canclini, 2000, p.37). Sin embargo, trabajos como el de García (2005), Alonso (2011) y Lugo (2014) reconocen que los EC poseen un capital teórico-metodológico para abordar el poder de los medios y afianzar la idea de una sociedad democrática (cerca de la postura de Morley), gracias a poner el acento en los procesos de lectura/negociación de sentidos que permiten, por lo menos en las prácticas cotidianas, avizorar modos de no caer presas de las variables económicas.

Como sugeríamos inicialmente, el debate entre Curran y Morley, a fin de cuentas, no supone posiciones diametralmente opuestas. Es pocas palabras, los puntos que comparten, lo cual ambos reconocen explícitamente, debilitan la aparente tensión. Ambos reconocen que los receptores no son todopoderosos, es decir reconocen que el poder de los públicos es limitado:

...las audiencias no tienen un repertorio infinito de discursos en los que basarse al adaptar los significados de la televisión. La ubicación de los individuos

en la estructuración social tenderá a determinar a qué discursos tienen acceso inmediato. Esto a su vez, influye en la gama de lecturas que podrán derivar del contenido de los medios de comunicación (Curran, 1998b, p. 403).

Acorde a ello afirman la necesidad de estudiar, en términos de economía política, la estructura que los productores de medios ofrecen para la negociación cultural lo cual condiciona el campo de acción de las audiencias: “El poder de los espectadores para reinterpretar significados difícilmente puede equipararse al poder discursivo de las instituciones mediáticas centralizadas a la hora de construir los textos que el espectador interpreta a continuación, e imaginar otra cosa es simplemente una insensatez” (Morley, 1998a, p. 434).

Cine. La fuerza de lo popular

Como bien sugiere Manuel Palacio (2007), a pesar de la importancia generalizada de los EC a nivel global, la relación de dicho campo con el cine ha sido, en el mejor de los casos, periférica. No quiere decirse que no existan exploraciones que tiendan puentes entre el trabajo iniciado por la Escuela de Birmingham y los estudios sobre cine, solo que hace falta profundizar en las bondades de dicha alianza. Sin duda, nos dice este autor (y nos interesa tal dato), el trabajo más representativo orbita sobre la categoría *lo popular* que interesa a los EC y que el cine reconstruye con naturalidad: “Quizá la veta culturalista más recorrida sea el utilizar el cine (popular) como una parte del conjunto de las prácticas culturales” (Palacio, 2007, p. 71).

Además de ello no puede olvidarse que se hace imperativo asociar el esfuerzo de los EC por desafiar la fuerza del trabajo ideológico clásico y el uso del cine, por los diferentes públicos, más allá de su natural filiación a la Industria Cultural. Dicho de otro modo, el cine no puede ser reducido a una expresión capitalista cuyo único resultado sea la pauperización cultural como sugiere, entre líneas, parte de la Escuela de Frankfurt. Si bien esta puede ser una de sus aristas, también el séptimo arte ha sido integrado a la vida de los espectadores y se ha convertido en un dispositivo capaz de reflejar las dinámicas culturales actuales naturalizándose, simultáneamente, como forma cultural.

No es nuestro interés analizar todos los posibles puentes entre EC y Estudios sobre cine. Para seguir esa ruta recomendamos el trabajo de Jaime Correa titulado: *La constitución del cine colombiano como objeto de estudio: entre los estudios cinematográficos y los estudios culturales* (2009). En él el autor, siguiendo la estela teórica de Cassetti, ofrece diferentes modos de hermanar el trabajo culturalista y una visión expandida de los estudios fílmicos. Sin duda, señala, son claves las teorías fílmicas especializadas que no estudian el cine solo como un ejercicio estético, sino que lo problematizan a partir de un interés teórico o disciplinar: “Con el advenimiento de las teorías especializadas ocurre una suerte de fusión entre los estudios cinematográficos y los estudios culturales” (Correa, 2009, p. 20). El aporte en esta línea, diríamos, radica en reconocer que no es posible estudiar un filme (en calidad de texto) sin reconocer de un modo directo o indirecto sus condiciones de producción y reproducción (contexto). Es decir, hacer evidente la vieja idea de que no hay texto sin contexto es beneficiosa tanto para los estudios sobre cine, como para cualquier análisis culturalista.

Deseamos señalar dos posibles rutas para ilustrar la potencia de los EC en relación con el séptimo arte. La primera se vincula al interés por estudiar lo popular (como ya sugería Palacio). Como hemos señalado, el Centro Contemporáneo de Estudios Culturales (ponemos de relieve la obra de Williams) ha estudiado lo popular como un espacio genuino de negociación que hace evidente que la cultura no es una variable estatal o simplemente industrial. Si bien la cultura puede ser un programa propuesto por un sistema o de gobierno o una mercancía propia del modelo capitalista, el tipo de usos que la gente realiza de los productos culturales no puede ser controlado a totalidad. De allí que ciertos cines, por ejemplo, se conviertan en detonantes para la negociación de la identidad de los públicos, de sus relaciones colectivas, de su papel al interior de un sistema (no solo reproducen un modelo cultural sino que constituyen las prácticas culturales). Y no podemos dejar de pensar que el cine ha tenido, aparentemente, como parte de su ADN, la capacidad de representar en pantalla diversas versiones de la cultura popular.

Ya sea a través de historias melodramáticas en que el pueblo, simbólicamente, se libera de diversos yugos por medio del periplo de un héroe (propio o foráneo) o mediante retratos críticos de los abusos a las clases obreras, propios de cierto cine con tintes socialistas, que reclama mejores condiciones laborales y de vida en calidad de denuncia, lo popular aparece como un elemento central de representación cinematográfica. Nótese que ambos casos citados son en apariencia opuestos. Un filme Hollywoodense (digamos propio de un modelo capitalista) que exalta los deseos atávicos de liberación de la clase popular y vende una fantasía (quizás ligera, quizás no) de compensación, bien puede ser leído como una afirmación de que la cultura ha sido industrializada. El otro caso, digamos un filme hecho de manera independiente, al margen del sistema industrial, que retrata (posiblemente en clave documental, posiblemente en clave panfletaria) los excesos del poder, las injusticias sociales para reclamar de modo expreso un cambio socio-político, ofrece una crítica a la ideología dominante, desafía la industria cultural. Pero los EC, sin desconocer estas posibles lecturas, se interesan por lo que tienen en común. En este caso una representación de lo popular puesta en pantalla que supone un ejercicio concreto de lectura de los públicos.

No es gratuito que Raymond Williams (miembro fundador de los EC como hemos advertido) se hiciese la pregunta por la relación entre cine y socialismo. Y más allá de este posible vínculo, propio de ciertos cines que encuadran al pueblo en primer plano, destaca la capacidad del séptimo arte para revelar en pantalla los avatares de lo popular de una manera natural. Dicho naturalismo, el cual alaba en términos formales, permite una relación orgánica en pantalla entre la vocación reproductiva del séptimo arte y el entorno que rodea la vida social.

El objetivo de incorporar un ámbito parecido a la vida a la narrativa, el escenario o el cine, era introducir y poner de relieve esta fuerza auténticamente modeladora. Vale decir que el fragmento de vida no era una ayuda fortuita; es mucho más validera la analogía del microscopio, en el que pueden examinarse intensivamente las intrincadas formaciones de la vida. El principio conductor del naturalismo, que toda experiencia debe verse dentro de su medio ambiente real, se concebía como una impugnación radical de todas las formas idealistas consagradas (Williams, 1997, p. 144).

Con ello Williams destaca las capacidades del cine para revelar, para dirigir la mirada. Y para efectos de los EC la pantalla tiene un interesante valor. Lo popular, diríamos circula a través de las imágenes y las imágenes modelan lo popular. Ese vínculo, por sí solo, reclama el interés de contacto entre el culturalismo y el ejercicio fílmico:

...en la práctica del cine hay formas accesibles que ya son parte de esa larga composición de lo popular que con demasiada ligereza se desecha como arte comercial ¿Quién, por ejemplo, podría encontrar una forma más apta para la exploración de las instrucciones engañosas -ese ocultamiento o contradicción de verdades, a partir de intereses reales pronunciadamente opuestos- que la forma aparentemente conocida de cierta historia detectivesca, historia de espionaje, thriller, informe de investigación? (Williams, 1997 p. 149).

Y lo clave es que Williams desmonta el modelo cultural de clases, al igual que se distancia (para efectos de análisis) del problema ideológico. Al colocar como ejemplo los thrillers de espionaje (un género propio de la industria) se vale del propio sistema para hacer evidente su funcionamiento. Los públicos, dentro del sistema (viendo una película propia de la Industria cultural), pueden interpretar los propios alcances de la sociedad que habitan, pueden incluso desconfiar del sistema que produce, de cierto modo, su propia crítica.

La segunda ruta para pensar la relación entre los EC y el séptimo arte supone el reconocimiento de la capacidad de interpretación de los filmes en calidad de textos culturales. En este caso es vital el debate Curran-Morley ya que, en gran medida, se centra en el rol que tienen las audiencias frente a los medios (en este caso el cine). Como sugeríamos ambos reconocen el fenómeno de recepción activa, si bien asumen límites a tal dinámica. Curran duda de que el rol activo de los públicos tenga efectos reales en las estructuras de producción (para este caso la industria del cine y la sociedad en general), Morley sugiere que toda lectura acepta cierto grado de polisemia pero la interpretación no puede superar ciertos límites estructurales.

Diríamos, en esta segunda ruta, que el cine es un buen ejemplo del problema de la recepción activa que interesa al debate revisionista. Entre los medios masivos el cine es, tal vez, el que mayor trabajo interpretativo reclama. Si bien gran parte del cine es de fácil consumo, es decir supone una lectura casi automática, otras expresiones de este medio retan al espectador y cuestionan su capacidad de comprensión (en especial por el interés del cine de operar en términos artísticos). Ello bien puede bastarnos para reconocer el problema de la existencia de la recepción activa. Sin embargo, queremos notar que incluso en el cine comercial (el que aparentemente no reclama mayor esfuerzo de lectura) se hacen infinidad de interpretaciones que desbordan su aparente claridad textual. Basta mencionar la cantidad de tinta que ha corrido en el mundo académico analizando los filmes de Hollywood, desde sus connotaciones psicoanalíticas que pasan inadvertidas para el espectador escapista, hasta trabajos que revelan como estos filmes son perífrasis del propio sistema capitalista. Y por eso la idea de la polisemia estructurada parece debilitarse. No todas las lecturas pueden estar previstas.

Fijémonos ahora en los límites que ponen Curran al trabajo de recepción activa. Nos dice que el impacto de los públicos en el sistema es menor, por no decir poco significativo. Y si

bien esto puede ser cierto, no podemos dejar de pensar que ciertos casos (a lo mejor las excepciones) desafían la regla. A largo plazo ciertos cines y, principalmente, la interpretación que los públicos hacen de su impacto simbólico, han ofrecido cambios en la escena cultural. Y queremos mencionar, entre muchos casos, el cine underground norteamericano (propio de la escena neoyorquina de la década del setenta). En este caso estamos ante un cine clandestino que se interesó por poner en pantalla otra versión de ciertas prácticas culturales, incluso hizo visible (por lo menos para un público mayor) la existencia de otras formas de cultura. Este cine mostró otras formas de sexualidad (cine queer), empoderó la figura femenina (alegatos feministas en pantalla), reveló la posibilidad de desafiar el modelo de vida capitalista (filmes alucinógenos, surrealistas). Pero, más allá de su importancia en el contexto, creemos que su valía radica en que, con el paso del tiempo, horadaron el terreno para que estas prácticas culturales fueran legitimadas en el espacio social. El reconocimiento de la homosexualidad, el trato igualitario de la mujer, la renuencia al sueño de trabajar en una empresa de por vida, son posibles, en gran parte, porque el cine los hizo visibles. Y no cabe duda que los EC pueden ampliar su análisis de estas categorías explorando las diferentes pantallas.

Si bien creemos, al igual que ambos autores, que es peligroso una visión omnipotente del papel de los públicos, es importante revisar, por lo menos en ciertos casos, el impacto de la negociación, de largo aliento, con ciertos textos (fílmicos entre otros). Diríamos que el cine sirve de ejemplo de que los textos no son solo termómetros de los cambios culturales, incluso de la hegemonía cultural de turno, sino que al ser actualizados, usados, gastados por los públicos pueden cambiar el rumbo de las sociedades. Allí puede reconocerse un modo de variar dicha hegemonía, como la capacidad de llevar los textos más allá de su aparente polisemia estructurada. Porque si algo ha mostrado el ejercicio de lectura en el mundo del cine es que mientras mayor el trabajo interpretativo más crece el texto. Y quizás la violencia sobre él, hasta desfigurarlo, sea la que supone cambios significativos en su propio contexto de producción.

Referencias

- Adorno, T. (1998). *Educación para la emancipación*. Madrid: Morata.
- Alonso, M.M. (2011, Febrero-Abril). Televisión, audiencias y estudios culturales. Reconceptualización de las audiencias mediáticas. En *Revista Razón y Palabra*. Primera revista electrónica en Latinoamérica en comunicación, Nro. 75, Recuperado de: http://www.razonypalabra.org.mx/N/N75/monotematico_75/04_Alonso_M75.pdf
- Azua, M. (2006). *Ficciones y realidades en los estudios culturales*. Recuperado de www.flacsoandes.edu.ec/comunicacion/aaa/imagenes/publicaciones/pub_48.pdf
- Cornejo, I. (2007). *El lugar de las encuestas: comunicación y cultura en un centro comercial*. México: Universidad Iberoamericana.
- Correa, J. (2009). La constitución del cine colombiano como objeto de estudio: entre los estudios cinematográficos y los estudios culturales. En *Revista de Estudios Colombianos*, Nro. 33. Recuperado de: http://www.colombianistas.org/Portals/0/Revista/REC-33-34/5.REC_33-34_JaimeCorrea.pdf
- Curran, J. (1997). El nuevo revisionismo en los estudios de la comunicación: Una nueva valoración. En *Revista CIC*, Nro. 3, pp. 81-106
- Curran, J. (1998). Debate mediático: Una réplica. En Curran, J., Morley, D. y Walkerdine, V. (1998). *Estudios culturales y comunicación. Análisis, producción y consumo cultural de las políticas de identidad y el posmodernismo*. Barcelona: Paidós. Pp. 439-446.
- Curran, J. (1998a). Repensar la comunicación de masas. En Curran, J., Morley, D. y Walkerdine, V. (1998). *Estudios culturales y comunicación. Análisis, producción y consumo cultural de las políticas de identidad y el posmodernismo*. Barcelona: Paidós. Pp. 187-225.
- Curran, J. (1998b). El nuevo revisionismo en los estudios de comunicación. En Curran, J., Morley, D. y Walkerdine, V. (1998). *Estudios culturales y comunicación. Análisis, producción y consumo cultural de las políticas de identidad y el posmodernismo*. Barcelona: Paidós. Pp. 347-398
- Curran, J. (2005). *Medios de comunicación y poder en una sociedad democrática*. Barcelona: Editorial Hacer.
- Fiske, J. (1978). *Introduction to communication studies*. 2ª edition. London: Routledge.
- García Canclini, N. (2000). La época de la globalización y el melodrama de la interculturalidad. En Norana, M. (Editora). *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: El desafío de los estudios culturales*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto propio/Instituto internacional de literatura Iberoamericana.
- García, I. (2005). *Medios de comunicación y poder en una sociedad democrática*. Barcelona: Editorial Hacer.
- Grossberg, L. (1997). Estudios culturales vs. Economía política ¿Quién más está aburrido con el debate? En *Revista Causas y azares*, Vol. 4, Nro. 6, pp. 47-62
- Hall, S. (2006). Estudios culturales: Dos paradigmas. En *Revista colombiana de sociología*, Nro. 27, pp. 233-254.
- Hoggart, R. (1990). *La cultura obrera en la sociedad de masas*. México: Grijalbo.
- Kohan, N. (2004). *Gramsci para principiantes*. Buenos Aires: Era Naciente.
- Kuhn, T. (1989) ¿Qué son las revoluciones científicas? Barcelona: Paidós.
- Lugo, D. (2014, Marzo-Agosto). Fortunas y adversidades del revisionismo: Cine Queer y Contracorriente. En *Revista de estudios feministas Florianópolis*, Vol. 22, Nro. 2, pp. 667-674
- Mattelart, A. y Mattelart, M. (2003). *Historia de las teorías de la comunicación*. Barcelona: Paidós.
- Morley, D. (1998). Debate mediático: Interpretando la interpretación de las interpretaciones. En Curran, J., Morley, D. y Walkerdine, V. (1998). *Estudios culturales y comunicación. Análisis, producción y consumo cultural de las políticas de identidad y el posmodernismo*. Barcelona: Paidós. Pp. 447-454.
- Morley, D. (1998a). Populismo, revisionismo y los nuevos estudios de audiencias. En Curran, J., Morley, D. y Walkerdine, V. (1998). *Estudios culturales y comunicación. Análisis, producción y consumo cultural de las políticas de identidad y el posmodernismo*. Barcelona: Paidós. Pp. 417-438.
- Morley, D. (2008). *Medios, modernidad y tecnología*. Barcelona: Gedisa.
- Palacio, M. (2007). Estudios culturales y cine en España. En *Comunicar, Revista científica de Comunicación y Educación*, Vol. XV, Nro. 29, pp. 69-73.
- Szurmuk, M. y Mokee, R. (eds.). (2009). *Diccionario de estudios culturales latinoamericano*. México: Siglo XXI.
- Taylor, E. B. (1977). La ciencia de la cultura. En A.A., V.V. *Los orígenes de la Antropología*. Buenos Aires: CEAL

- Thompson, E. (2000). *Agenda para una historia radical*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Thompson, E. (2001). *Costumbres en común*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Williams, R. (1997). *La política del Modernismo. Contra los nuevos conformistas*. Buenos Aires: Manantial
- Williams, R. (2001). *Cultura y sociedad. 1780-1950. De Coleridge a Orwell*. Buenos Aires: Nueva Visión.